

S.Em. Cardinale Camillo Ruini

Vicario Generale di Sua Santià per la Diocesi di Roma

Presidente della Conferanza Episcopale Italiana

*Peregrinación dela Obra de Schoenstatt a Roma*  
Dedicación del Santuario “Matri Ecclesiae” el  
día 8 de septiembre de 2004

**Homilía**

Eminencias, Excelencias, autoridades, reverendos sacerdotes, querida familia de Schoenstatt.

Junto con transmitiros un saludo de los obispos italianos, como signo de comunión con vosotros, me alegro de poder compartir con todos los que estáis aquí presentes en esta jornada tan significativa los sentimientos de gozo, de gratitud y esperanza que seguramente colma los corazones de la familia de Schoenstatt.

Sobre todo comparto con vosotros *un sentimiento de gozo*. Hoy al fin se realiza la promesa hecha al Padre Kentenich aquí en Roma, en el año 1965, en su 80º cumpleaños, coincidiendo con la clausura del Concilio Vaticano II. Hoy se inaugura solemnemente el Santuario internacional de Schoenstatt con el título “Omnia Matri Ecclesiae”: todo para María, que es la Madre de la Iglesia; todo para la Iglesia, que es la Madre de los creyentes. Un Santuario en el cual y desde el cual la función maternal de María se renueva continuamente bajo la advocación “Mater ter admirabilis”, “Madre tres veces admirable”. Podemos imaginarnos realmente que el Padre Kentenich comparte nuestro gozo que, haciendo suyas las palabras del arcángel Gabriel, exclama: “alégrate María”, porque

tu nombre será glorificado sobre esta colina de Belmonte por miles de personas provenientes de todas las partes del mundo; porque una vez más te felicitarán todas generaciones; porque tu intercesión continuará cambiando el agua de la vida en vino de la gracia y propiciará la acción salvífica de tu Hijo Jesucristo. El genio italiano que te ha proclamado como “Virgen Madre, hija de tu Hijo”, se une idealmente al genio schoenstattiano que te aclama como “Madre tres veces admirable”.

En segundo lugar, comparto con vosotros un *sentimiento de gratitud*. Son muchos los que han trabajado para la realización de este Santuario, son muchos los que han creído en esta posibilidad, también en momentos desesperanzados, son muchos los que también recientemente han ofrecido su vida por el Centro Internacional. Su recuerdo es para nosotros gracia y bendición. Han sido muchas las dificultades burocráticas, continuamente se han interpuesto obstáculos de diversa naturaleza, han sido tantas las desilusiones y el desaliento. Varias veces se llegó a casi un metro de la meta y luego a un paso del precipicio de modo de tener que repetir, desconsolados, las palabras de María en las Bodas de Caná: ¡“No tienen vino”! Hoy el sueño se ha hecho realidad y por eso no puedo dejar de agradecer a nombre de todos vosotros aquí presentes y a nombre de aquellos que viven esta hora de gracia en diversas partes del mundo, sobre todo al Instituto de los Sacerdotes Diocesanos, que son los que han soportado “el lastre y el calor del día” en lo referente a la planificación y construcción, luego al *Praesidium Generale* que ha apoyado y animado esta obra, a los Institutos presentes en Roma: las Hermanas de María, las Damas de Schoenstatt y los Padres de Schoensattt, a la familia romana del Centro Padre Kentenich, a los operarios y, en fin, a todos los que de una u otra forma participan con su oración y su vida en la misión de Schoenstatt.

Finalmente, comparto con vosotros un *sentimiento de esperanza*. Alimento de verdad la viva esperanza, que cada peregrino que venga a esta colina de Belmonte y rece en este Santuario, obtenga la triple gracia de la transformación interior, del cobijamiento espiritual y de la fecundidad apostólica. Como bien sabéis, el Padre Kentenich presentó en diversas ocasiones a la Iglesia como peregrina, anhelando que se renovara

según el espíritu del Concilio Vaticano II; presentó a la Iglesia como guiada por el Espíritu Santo y enseñó a sus hijos a tener el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo.

Con la inauguración del Santuario internacional se le confía a la Familia de Schoenstatt una gran misión: llevar a Schoenstatt al corazón de la Iglesia y llevar a la Iglesia al corazón de Schoenstatt. En primer lugar, llevar a Schoenstatt al corazón de la Iglesia, es decir, llevar su carisma al corazón de la cristiandad, para contribuir con su tradición, su pedagogía, su espiritualidad, a crear caminos de santidad cotidiana y modelos personales de radicalismo evangélico. El lema de este Santuario es: “Todo para la Madre de la Iglesia”. Al subrayar el “todo” nos anima a la totalidad de la vocación, propia de los grandes fundadores de órdenes religiosas, como San Francisco de Asís, Santa Teresa de Ávila, San Ignacio de Loyola. Nos trae a la memoria la visión del Padre Kentenich, que a menudo repetía: Todo para Schoenstatt, Schoenstatt para la Iglesia, la Iglesia para la Santísima Trinidad; nos recuerda la visión de José Engling, que eligió como ideal personal el lema “Omnibus omnia”; nos recuerda sobre todo la visión del apóstol Pablo, que exhorta a los cristianos a hacerse “todo para todos”.

Al mismo tiempo, llevar a la Iglesia al corazón de Schoenstatt. Estoy seguro que vosotros, queridos schoenstattianos, haréis todo lo que esté de vuestra parte, para que allí donde esté Schoenstatt, esté presente la Iglesia y para que vuestras esperanzas sean las esperanzas de la Iglesia. Sobre la tumba de vuestro amado Fundador, el Padre Kentenich, en la sacristía de la Iglesia de la Santísima Trinidad, está escrito: *Dilexit ecclesiam*. Sería bello, si de cada schonstattiano, como fiel discípulo de su Fundador, se pudiese decir: ama a la Iglesia, ama al Papa, ama a los obispos, ama las instituciones eclesiales, ama la misión evangelizadora de la Iglesia, que tiene como meta el hombre nuevo en una civilización del amor.

Queridos amigos schoenstattianos, permitidme concluir mis palabras de felicitación y de comunión, dirigiéndoos la invitación de nuestro Santo Padre. El, que por su enfermedad ya no se puede levantar, anima a sus

cohermanos obispos a levantarse y encaminarse hacia el futuro con audacia y esperanza. Recordando las palabras del Evangelio que habéis elegido para esta solemne celebración, me nace deciros: “Llenad vuestras tinajas”, y poned vuestra obra al servicio de este Papa, que en una época en la que prevalece la razón de la guerra y del conflicto, trabaja con pasión y tenacidad para que prevalezca la eficacia de los medios pacíficos y de diálogo y para infundir coraje a todas las personas que creen en la bondad del corazón humano. Su magisterio nos anima a tener esperanza, a ser optimistas, porque nos enseña a creer en el hombre, sin renunciar a la fe en Dios y a creer en Dios sin renunciar a la fe en el hombre.

María de Nazaret, la Madre de Jesús, tal como lo ha escrito recientemente el Cardenal Ratzinger, “es el espejo en el cual la Iglesia está invitada a reconocer su propia identidad”. Que sea Ella entonces, “la Virgen fiel, templo santo del Verbo”, que custodió el secreto y la palabra del Hijo en su corazón, la que nos enseñe, tomando la bellísima oración del Santo Padre en Lourdes, “a perseverar en el escuchar la Palabra, a ser dóciles a la voz del Espíritu, atentos a sus inspiraciones en la intimidad de la conciencia y a sus manifestaciones en los acontecimientos de la historia.”

“Virgen Madre de la Iglesia, ayúdanos a dar siempre razón de la esperanza que está en nosotros, confiando en la bondad del hombre y en el amor del Padre.”

Amén.